

A. Hernández Catá

Valle-Inclán



ON la ida de don Ramón del Valle-Inclán entra en la inmortalidad uno de los más grandes escritores y protagonistas de nuestro tiempo. Los que vivimos en su intimidad jamás pudimos dejar de ser sorprendidos con las manifestaciones de una existencia en la cual la frontera entre la realidad y el ensueño se borraban casi a diario. Junto a él, ha dicho Darío, vivíase una vida más intensa y más dura. Justicia, razón, ímpetus cordiales, rencores nacidos del amor de equidad, violencia, señorío, interjecciones de pueblo, desdén, fidelidad, datos, invenciones, razonamientos casi matemáticos, absurdidades casi dementes, entremezclábanse en su vida y en su acción de manera prodigiosa, subyugadora. A su lado no se estaba seguro nunca y no habría habido compañía sensata que nos firmara a sus amigos una póliza de tranquilidad.

Y, sin embargo, en cuanto escribía, ¡qué orden, qué ley, qué arquitectura y qué ornamentación incomparables! De su dialecto dulce, trajo al castellano la candencia y la bruma nostálgica. De su fondo viril, sacó una

entereza, una varonía únicas. Su ascendencia céltica, dióle la gracia y un poder de renovación máximo en nuestras letras. En lo dramático y en lo cómico, su obra marca hitos de cordillera altísima. Sus esperpentos no tienen par ni casi precedentes. Vivió hasta el fondo su raza y se expresó en un idioma henchido de virtudes, que bajo su mano hacíase tan pronto suavísimo como arrollador. La crítica tardará aún mucho en penetrarlo y en revelarlo. ¡Escritor insigne, soñador insigne, extraordinario hombre que no se avino nunca a ser cordero de rebaño, ni a sentirse quieto en la cuadrícula pseudo democrática!

Las letras no lo pierden, antes lo recobran ya en la perspectiva de eternidad que conviene a su obra ingente. Los amigos que fuimos de su intimidad sí lo hemos perdido. Su ceceo, su mirada eléctrica tras de los «quevedos», su mano única acariciando su barba de faquir, su tez traslucida, no estarán cerca de nosotros nunca más. Y nunca más, en el regazo de la tertulia o en los peripatéticos coloquios, volveremos a comprobar, maravillados, oyéndole, que así como otros tienen el triste privilegio de hacer antipática la razón, a él los dioses le confirieron el de henchir de simpatía lo absurdo.

¡Adiós, querido don Ramón María del Valle Inclán y Montenegro!